

## *El banco de la vida*

**Ángela Seco Ortega. BC2-A**

Son las diez de la noche y parece que el calor asfixiante del día deja ya de apretar. Según ha ido cayendo la tarde hemos comenzado a respirar. Julia ya ha cenado con sus hijas, ha fregado los platos y ha dejado la cena preparada para los demás. Alfonso es su hijo mayor, llegará más tarde junto a Jacobo, el hermano de Julia, que vive con ellos desde que ella enviudó. Falta un día para que comience agosto y ellos están acabando de cosechar, han sido unas semanas muy duras, el campo es esfuerzo y sacrificio, pero juntos van saliendo adelante.

Como llegarán tarde y hace tan bueno, Julia sale a la puerta de casa para hablar un rato con sus vecinas. Los pueblos de Castilla son así. En invierno, el frío helador vacía sus calles y, en verano, el calor no deja ver a nadie hasta bien avanzado el atardecer, momento en que, como por arte de magia, todos salen a sus puertas. Cuando eso ocurre, *da gloria* observar cómo se va rompiendo el silencio. Las pocas calles resuenan con las conversaciones de los vecinos que se van uniendo. Los bancos se llenan enseguida y sacan sus sillas en torno a ellos para disfrutar de un rato de conversación, casi siempre alegre, para aliviar el día de duro trabajo.

Antonia suele ser la primera en salir, vive en la casa que hace esquina a la plaza y no se pierde ni un detalle. Conoce mejor la vida de sus vecinos que la de sus propios familiares, o eso es lo que deja ver. Pilar es más discreta, hoy cuenta preocupada lo que echa de menos a su hijo pequeño que está haciendo *la mili* en Madrid.

- ¡Hablando de Madrid! -exclama María- ¡anteayer llegaron de allí Luis y Carmen que han pasado su luna de miel en casa de unos cuñados! Dicen que aquello es precioso y muy moderno. Les ha gustado mucho la Granja de Segovia, que han parado a visitarla de camino. Están muy felices.

Paco refunfuña diciendo que eso son tonterías, que aquello debe ser un agobio con tanto ruido todo el día, que estos dos están enamorados y por eso no ven más allá. No se extraña ninguno y no responden nada. Paco es siempre muy negativo y todo lo ve desde el peor lado posible. Julia siempre ha pensado que aunque se muestre así, es porque tiene un gran corazón y tiene miedo al dolor desde que hace ya muchos años, siendo él

un niño, perdió a un hermano en un accidente con el tractor. No han vuelto a hablar de ello.

Mientras tanto, Santi, que viene de ordeñar las vacas, se ríe para sí mismo al escucharlo y se une a la animada conversación. Pero si hay alguien bondadoso en este lugar, que siempre se encarga de poner un poco de cordura en las conversaciones, es Joaquín, el hombre que tiene la pequeña tienda de ultramarinos. Gracias a él todos están provistos de lo necesario y siempre gusta ir por allí porque atiende con una sonrisa muy amable. Vende una cecina exquisita, que a Alfonso y a Jacobo les encanta.

*Quizá estas historias aún resuenan en aquel banco que veis allí. Desde luego que no han dejado de hacerlo en la cabeza del abuelo, que hoy observa desde la soledad cómo ha cambiado la vida aquí, aunque sus interlocutores habituales hayan desaparecido. Probablemente las conversaciones más intensas hoy ya sólo estén en su cabeza, pues nos mira a todos con orgullo, pero no nos dice nada. Supongo que a la vez está asombrado, por ver cómo aquellos lugares casi de hermandad ya no son usados por nosotros, ni por nadie más. Hoy que enviamos tantos mensajes y manejamos tantas informaciones al instante, no conocemos el calor y el sustento que dan las palabras en la proximidad.*



*Ese banco, figurado o no, no debería de desaparecer, pues puede que aquellas conversaciones, de una forma u otra, fueran el salvavidas de todos los que pasaron por aquí. Y el legado de los abuelos sea, entre otros muchos, no olvidar lo importante que es escucharnos. Eso no va a cambiar.*